

# ANÓMALA

Ronald Delgado



e-book Especial Premios Ignotus 2014

Anómala  
Ronald Delgado

# ANÓMALA

Ronald Delgado

Ebook Especial Premios Ignotus 2014

**Edita:** Asociación Alfa Eridiani.

**Comité de Redacción:** José Joaquín Ramos, Graciela I Lorenzo, J.A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

**Colaboradores:** Iñigo Fernández.

**Ilustrador de portada:** Antonio Alonso.

## ÍNDICE:

<b>PRÓLOGO</b> .....	<b>4</b>
<b>ANÓMALA</b> .....	<b>5</b>

Subido a la red el 16 de abril de 2014

### Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante, se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

**ZONA DE DESCARGA:** <http://www.alfaeridiani.info>

**E-MAIL DE CONTACTO:** [alfaeridiani@yahoo.es](mailto:alfaeridiani@yahoo.es)

**FACEBOOK:** <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



## PRÓLOGO

**E**stimados amigos:  
Se acerca la época de las candidaturas a los Premios Ignotus en España. Como sabéis, no hay que ser de la AEFCFT para proponer candidaturas y votar. Se pueden ver los requisitos en <http://www.aefcft.com/premios-ignotus/para-votar/>

Desde Alfa Eridiani queremos animaros a la participación activa en las votaciones y, aunque tenemos otros candidatos, pasaos por <http://www.alfaeridianiinfo> para ver el catálogo de publicaciones electrónicas, queremos que propongáis a *Anómala* de Ronald Delgado como mejor antología. ¿Que no la habéis leído? Deberíais. No obstante, os proponemos que leáis este pequeño para abrir boca y recordad que este cuento y su imagen también pueden ser candidatos a los premios Ignotus en sus respectivas categorías.

El equipo editorial



## ANÓMALA

por Ronald Delgado

**E**l agente de inmersión Elía Aldren hundió el mentón en el pecho y se restregó los ojos, en un intento por aplacar el cansancio. Frente a él las proyecciones tridimensionales que ocupaban casi la mitad de su oficina mostraban una tras otra cantidades abrumadoras de datos relacionados con los patrones de navegación de los usuarios en los diferentes sistemas de la red mundial. Montones de caracteres y códigos aparecían y desaparecían incesantemente, reportando el ritmo de generación de información de cada uno de los cientos de individuos que estaban bajo el escrutinio constante del Departamento.

Las proyecciones multicolores generaban formas y figuras rutilantes a su alrededor en un ritmo caótico, capaz de producirle ataques a cualquiera que no estuviese preparado para ello. Los sonidos provenientes de los altavoces del sistema de monitoreo interferían con ellos mismos hasta producir un rumor semejante al ruido blanco, aunque en su experiencia Elía era capaz de filtrar y distinguir patrones precisos o conversaciones en medio de todo aquello.

El trabajo como agente de inmersión requería cualidades particulares, como la capacidad de concentración y la atención a los detalles y, aunque Elía gozaba con creces de ambas, de vez en cuando el agotamiento natural tanto físico como mental lo asaltaba en medio de su jornada, exigiéndole breves momentos de relajación ante el frenético sistema de monitoreo.

Tras terminar el masaje a sus ojos, se echó hacia atrás en el asiento y movió la cabeza haciendo grandes círculos que él aseguraba ayudaban a relajar su cuello. Luego extendió las manos sobre la cabeza y estiró los brazos como intentando alcanzar algo a su espalda. Elevó la mirada sobre las proyecciones que casi tocaban el techo, pero detuvo de pronto el resto de su ejercicio cuando observó una pequeña esfera rojiza que titilaba oculta entre gráficas y diagramas de flujo.

—¿Una alerta? —susurró Elía con un mohín en el rostro—. ¿Cómo pudo suceder?

Entonces despejó con sus manos el espacio alrededor de la esfera roja y la atrajo hacia sí para acceder a la información. A la derecha de la figura se desplegó un campo de texto indicando, con letras oscuras sobre un fondo azul claro, la presencia de un reporte de anomalía.

Elía, extrañado, solicitó el registro que señalaba el momento de la primera notificación de cuidado y el sistema le devolvió un dato fechado dos días atrás.

—¿Será posible? —exclamó para sí sorprendido—. ¡No puedo creer que no me haya dado cuenta antes!



Apenado consigo mismo, revisó el historial de alarmas y verificó que, efectivamente, el documento había ingresado a su escritorio en esa fecha y que, tal vez por culpa del sobrepoblado espacio de proyección de su oficina o por un simple pero poco frecuente descuido, el reporte de anomalía había permanecido allí sin ser advertido.

Refunfuñando algo ininteligible, se incorporó en el asiento y maximizó el documento digital con la punta de los dedos, hasta casi hacerlo ocupar toda el área central de visualización frente a él. Ubicó el nombre del usuario asociado a la generación de la alarma, así como su nivel de prioridad de atención, y sintió un ligero escalofrío cuando notó que se trataba de un caso ya crítico, sin lugar a dudas importante.

Sin perder un segundo, comenzó a leer y a procesar la información proveniente del reporte de anomalía.

La última fotografía que Dayana Santiago subió a la carpeta de imágenes de su gestor de redes sociales permaneció nítida y brillante en el centro de la pantalla principal de su módulo de inmersión. En la imagen, sus viejos amigos Laura y Julián y ella misma sonreían a la cámara, sentados hombro con hombro en la grama de la Plaza Central de la ciudad. Al fondo, la luz del atardecer se colaba entre los altos edificios y se refractaba al encontrarse con las gotas de agua que, como diminutos diamantes, brotaban de la enorme fuente a sus espaldas. Menos de un minuto después de cargar la imagen, el campo para comentarios de la fotografía comenzó a llenarse de la opinión divertida y hasta impertinente de sus amistades.

—Quedó hermosa la foto —dijo Laura, que se comunicaba con Dayana a través del sistema. Su rostro tostado y pequeños ojos claros aparecían proyectados en un recuadro de conversación en la esquina inferior derecha de la pantalla.

—Es verdad —dijo Dayana, que miraba la imagen con detenimiento.

—Pero, ¿sabes algo, amiga? Estoy harta de que siempre estés sola en las fotos. Es decir, que nunca aparezca a tu lado un compañero masculino. Otro, al menos, que no sea mi esposo —Laura plasmó en su rostro una leve sonrisa.

Dayana no respondió. Abstraída, continuó recorriendo la imagen con sus ojos sin emitir palabra alguna. A la izquierda de la fotografía se encontraba Laura, vestida con unos jeans desteñidos, una camisa verde oliva y una chaqueta de cuero negra. Sus bonitos ojos se hallaban cubiertos por unos elegantes visores de inmersión transparentes con el marco plateado, iguales a los que llevaba Julián a su lado. A la derecha, Dayana yacía con las piernas flexionadas y los brazos cruzados alrededor de ellas, el cuerpo echado a un lado sosteniéndose contra Julián. Su cabello, oscuro pero con mechones amarillos intermitentes, caía desordenado sobre parte de su rostro, pero lo dejaba expuesto lo suficiente como para notar que en ese momento se había quitado los visores de inmersión. Tal vez por esa razón, pensó, la expresión de su rostro en la foto había resultado diferente a cualquiera que hubiese visto antes. Recordó que la fotografía la tomó alguien que pasaba por allí por casualidad, y recordó también que, durante ese breve instante en que se retiró los visores, el mundo que la



rodeaba le resultó totalmente diferente. Sin embargo, no recordó por qué decidió, en primer lugar, quitárselos para la foto. Ahora no dejaba de pensar en aquella sensación extraña que la asaltó cuando estuvo fuera del sistema por unos segundos.

—¿Recuerdas por qué me quité los visores para la foto, Laura?

Su amiga arrugó la cara y negó con la cabeza.

—No estoy segura... Ahora que lo dices, ni me había dado cuenta. Tal vez porque querías arreglarte el cabello. ¡Mira cómo estabas despeinada! El pelo casi te tapa toda la cara.

Dayana hizo una mueca de disgusto sin apartar la mirada al frente. En la duración de la conversación hasta ese momento, la imagen ya había sido comentada por cerca de catorce personas pertenecientes a su red social, y a su vez las etiquetas tanto de Laura como de Julián y ella se propagaron a seiscientos veinte usuarios en cuestión de segundos. Ya no solo quien había tomado la foto estaba enterado de aquel paseo de fin de semana, sino prácticamente la ciudad entera.

—¿Por qué la pregunta? —insistió Laura.

—Por nada —murmuró Dayana—. De repente, me resultó raro verme el rostro sin el visor.

Pero Dayana sabía que no se trataba de eso nada más. Dubitativa, miró las cuatro pantallas que formaban parte del módulo. Videos, animaciones, entradas de blogs y reportes de noticias sociales o de farándula brotaban de todas partes llenando las superficies bioluminiscentes con la información precisa que ella —tras ser analizada y caracterizada por el sistema de inmersión— debía saber. El mundo que estimulaba sus sentidos respondía a sus intereses particulares y como consecuencia interactuaba con él aportándole datos para que sus demás amistades, los usuarios de las redes, los lectores de blogs y microblogs o la población en general pudieran conocerla a fondo y compartir con ella plenamente.

Su entorno estaba construido a partir de esas cuatro pantallas que ocupaban gran parte del espacio de su habitación, así como de las otras tres que decoraban la sala del apartamento. Su realidad se mantenía complementada con las proyecciones que sobre sus ojos generaban los visores de inmersión, y que le permitían mantenerse conectada cuando quisiera y donde quiera que estuviese. Fugazmente consciente de esa realidad, creyó entender el efecto que la ausencia de esos visores había ocasionado en su organismo.

Titubeando al principio, Dayana extendió los dedos para tocar la pantalla central y hacer desaparecer la fotografía del campo de visión. La estructura del gestor de redes sociales reapareció en la superficie llenando la habitación con un brillo blanquecino. Entrecerró los ojos, miró a los lados como si buscara algo o alguien más en el lugar y después se alejó del módulo de inmersión empujándose con las manos.

Laura, que continuaba hablando sin parar del otro lado de la conexión, preguntó



de pronto:

—¿Adónde vas?

—Ya vuelvo —se limitó a responder Dayana.

Entonces, se puso de pie y observó el resto de la habitación a su alrededor.

Tras de sí, los visores de inmersión descansaban sobre una cama desarreglada. Un closet pequeño, una mesita de noche de formica blanca y una lámpara completaban la totalidad del mobiliario del lugar. Del otro lado, cerca del pasillo que daba al cuarto de baño, un ventanal enorme cubierto con una persiana filtraba la luz proveniente del exterior.

—¡Hey, Dayana! No me dejes así en el aire y con las palabras en la boca —reclamó Laura.

Sin prestar atención a las demandas de su amiga, Dayana caminó hasta el ventanal y pulsó el interruptor que activaba el mecanismo de las persianas. Los listones plásticos se reacomodaron horizontalmente y se elevaron para dejar ver lo que se escondía detrás. Chorros de luz anaranjada inundaron el interior de la habitación, sumergiéndola en el atardecer. Un cielo más bien opaco lo cubría todo como un manto, mientras viejos edificios de concreto que se alzaban entre unos pocos nuevos resultaban ajenos a lo que estaba acostumbrada a ver a través del sistema. La ciudad, de pronto, se manifestaba diferente. Un rumor constante, un ruido de fondo que no cesaba y se escuchaba en todas partes, le hacía difícil oír sus propios pensamientos. Sin poder determinar con certeza el origen de aquel sonido persistente, respiró profundo y continuó desconcertada observando el atardecer.

Saltó sorprendida cuando su dispositivo móvil chilló y vibró en el bolsillo de su pantalón. Tras sacarlo de prisa, pulsó la pantalla para encontrarse con el rostro severo de Laura.

—¡¿Es que acaso no me escuchas?!

—¡Te dije que ya regresaba! ¿Qué sucede?

—Voy saliendo ya para Radius, Dayana. Allá está Julián con los demás muchachos. ¿Te veo en unos minutos?

Dayana se rascó una sien y se encogió de hombros.

—Está bien, voy saliendo —y, siguiendo con discreción la sutil orden de voz, el módulo de inmersión actualizó automáticamente su información de estado con el texto *saliendo para Radius*.

Tras arreglarse un poco en el cuarto de baño y cambiarse la ropa a una más apropiada para la noche, tomó el visor de la cama como un reflejo condicionado y luego de fijarlo correctamente y sincronizarlo con el sistema, salió del apartamento y caminó con suspicacia entre la realidad verdadera y la realidad aumentada.





—Dayana Santiago —leyó el agente Aldren apenas moviendo los labios—. Veintiséis años de edad, caucásica, uno setenta de estatura, soltera. Asistente en una firma de abogados pequeña y aún emergente. Hija única criada en un hogar presumiblemente estable, vive ahora sola en un apartamento sencillo del centro de la ciudad.

El perfil interno del Departamento la describía como una persona tranquila y sociable, sin mostrar en su historial conductual ningún tipo de alteraciones psicológicas que originaran episodios relevantes durante su infancia o adolescencia. Por otro lado, como el reporte de inmersión la asociaba con al menos trescientas personas en un primer nivel de red de pequeño mundo, y como usuaria de ocho redes sociales públicas y tres sistemas de mensajería instantánea, ello la vinculaba con al menos tres mil quinientas personas que formaban parte de su constructo virtual. A lo largo de su vida había tenido acceso a treinta y ocho computadoras personales, cincuenta terminales electrónicas, doce dispositivos móviles y tres módulos de inmersión. Con estos había incrementado su huella virtual en un cincuenta y tres por ciento, durante los últimos ocho años de su vida. El flujo de información de la red relacionado con las operaciones de inmersión que comúnmente llevaba a cabo Dayana se promediaba en unos dos gigabytes por minuto, lo que la convertía en una usuaria estándar dentro de los rangos establecidos por el sistema.

Sin embargo, toda esa actividad había experimentado un cambio sutil dos días atrás.

Durante un período registrado de seis segundos, sus sensores de inmersión dejaron de recibir señales de uso, lo que indicaba una posible desconexión o mal funcionamiento del sistema. La actividad fue regularizada enseguida pero, a partir del suceso, el ritmo de ingreso a sus redes sociales disminuyó de un día al otro en un 0,5 %. En las siguientes doce horas, tanto el tráfico de imágenes y videos como el número de caracteres de texto introducidos por la muchacha en los diferentes sitios y servicios de la red sufrió un decrecimiento tan considerable —cerca del uno por ciento—, que se emitió una primera notificación de cuidado.

Manipulando el campo de información personal del reporte de anomalía, Elía maximizó el detalle del rostro de Dayana y accedió a los archivos audiovisuales que mostraban a la muchacha en sus diferentes situaciones sociales. El agente no pudo evitar el levantar una ceja fascinado al observarla con detalle.

—¡Bonita! —exclamó, aunque no había en su oficina nadie que lo escuchara.

Al inspeccionar al azar las fotografías, holografías y grabaciones cargadas a la red por Dayana durante la última semana, Elía no pudo encontrar nada que le indicase alguna alteración de la conducta electrónico-social de la muchacha. Pero, por otro lado, la cantidad de información disponible era tan vasta que sabía requeriría un análisis automático y estadístico que le ayudase a encontrar dichas alteraciones. Tras afinar los parámetros de los algoritmos de búsqueda, ejecutó el programa sobre la traza digital reciente de Dayana. Menos de un minuto después, el espacio en torno al agente se reconfiguró para proyectar una fotografía en donde ella, junto con dos amistades, disfrutaban del atardecer en la Plaza Central.



De inmediato, Elía reconoció el detalle en la imagen y por qué el algoritmo de búsqueda se había detenido en ella. A diferencia de sus dos acompañantes, Dayana Santiago no llevaba puesto visores de inmersión al momento de tomarse la fotografía. De hecho, su tiempo de creación coincidía con el instante preciso en donde el sistema de monitoreo del Departamento había apuntando un breve lapso de desconexión. Teniendo en cuenta que posteriormente se había generado un reporte de anomalía, a Elía le resultaba claro que esa desconexión no había sido ni un mal funcionamiento ni un evento aislado y casual en la conducta de Dayana.

Aquello no pintaba bien, pensó. Y todavía le restaba leer la segunda mitad del documento.

Apenas finalizado el atardecer, el espacioso bar conocido como Radius se encontraba ya a medio llenar. Compases lentos y sostenidos de algún tipo de música electrónica eran acompañados con sistemas de luces e imágenes que producían una atmósfera relajante.

En variedad de diseños y presentaciones, los visores que cada uno de los presentes llevaban sobre sus rostros emitían a su vez tenues destellos de colores que iluminaban sus ojos y al mismo tiempo le impedían ver con claridad todo lo demás. Las conversaciones se intercalaban entre quienes se encontraban unos frente a los otros con los que a través del sistema los visitaban virtualmente. Al mismo tiempo, los emisores de señales del local llenaban los espacios de los usuarios con infinidad de publicidad e informaciones frívolas e irrelevantes en esencia pero fundamentales para incrementar su apetito de consumo.

Como en una extraña danza, las personas tomaban una copa, extendían las manos para manipular los objetos que los visores ayudaban a construir en su cerebro y, finalmente, se abalanzaban sobre sus acompañantes reales para soltar una carcajada o compartir un beso. Todos, al mismo tiempo, interactuaban y conversaban sobre todas las cosas, y en todas partes la información se propagaba y se expandía alimentada por el combustible que miles de millones de usuarios le otorgaban.

En una mesa redonda muy al fondo del lugar, Julián, Laura y otro grupo de amigos se enfrascaron en una discusión airada sobre cuál servicio de filtrado de correo no deseado funcionaba mejor, mientras Dayana escuchaba en silencio, observando a través del visor las expresiones y reacciones de sus acompañantes. Lejos de todo filtro o amplificador de imágenes, Dayana concluyó que cada rostro humano poseía cualidades e imperfecciones tan hermosas que resultaba una lástima que la mayoría del tiempo nadie se molestara en ver. Reteniendo esa extraña idea en su mente, levantó su perfil personal e introdujo en su estado la frase: *¿Cómo es realmente el mundo que existe más allá de un visor?*

La actualización de estado se propagó hacia los usuarios tanto de su red como del bar, y su cuadro de comentarios comenzó a abarrotarse de réplicas en un instante. Treinta segundos después, Laura se volvió para dirigirse a ella.



—Dayana, ¿qué demonios significa eso que colocaste? —preguntó, con expresión perpleja.

Sin tener una razón precisa del significado, no pudo más que encogerse de hombros.

—No lo sé, amiga. De pronto me dio por la filosofía —respondió, poco convencida de sus propias palabras.

—¿Sabes algo? Te he notado extraña estos días. Has estado como ausente. De un día para otro me ha costado reconocerte. Hace rato por poco creí que no vendrías con nosotros. Sentí como que dudaste.

Dayana se rascó la cabeza con una mano, sin darle importancia al efecto sobre su peinado.

—Tal vez, Laura. Tal vez *ausente* es una buena palabra. ¿Sabes por qué? —la muchacha titubeó antes de proseguir—. Porque a veces siento el deseo de irme lejos y desconectarme de...

Entonces Laura interrumpió sus palabras para interactuar con las proyecciones de su visor y comunicarse con alguien que en alguna parte la llamaba. Dayana, paciente, esperó con la boca entreabierta su oportunidad para completar la frase. Durante un par de largos minutos, su amiga se abstrajo, alzando los brazos en el aire y cerrándolos sobre sí, mientras se vinculaba íntimamente con la red. A su lado, Julián hacía lo mismo.

Al advertir que aquella conducta podía producirse en una situación distinta, Dayana pensó que sus compañeros desperdiciaban caricias en el aire.

Los otros sujetos a su alrededor, inclusive esos que la propia Laura había invitado en un intento de emparejarla con alguno, se mantenían perdidos, recogidos en sí mismos. Teniéndola justo en frente, buscaban comunicarse con ella a través de los sistemas de inmersión. Competían entre sí para llamar su atención, pero como resultado terminaban estorbándose los unos a los otros. Como toda esa información que estorbaba los sentidos de Dayana.

—Discúlpame —dijo Laura, cuando finalmente le devolvió su atención—. ¿Me decías?

Dayana negó con la cabeza.

—Nada, Laura. No era nada.

—¡Ay, amiga! No debes estar hablando en serio —Laura mostró de nuevo una pizca de interés, pero enseguida volvió a atender sus asuntos virtuales.

Dayana suspiró. Con una profunda sensación de derrota, observó todo el espacio de proyección que los visores habían dibujado ante sus ojos y leyó por encima los diferentes mensajes que había recibido el último minuto. La mayoría eran solicitudes o invitaciones a participar en charlas temáticas dentro del propio bar, mientras el resto



lo completaban muchos comentarios obscenos que pretendían hacerse pasar por halagos.

Asqueada, limpió con la mano el espacio de proyección. Todos los mensajes desaparecieron y dejaron libre su campo de visión hacia el frente. En ese brevísimo instante, la muchacha notó algo de aquel lugar en lo que jamás había reparado antes. Del otro lado del bar, en la pared al fondo junto al pasillo oscuro que daba a la cocina, había un anticuado estante metálico que aparentaba cumplir solamente funciones estéticas. Lo que le resultó curioso fue que cada nivel del estante estaba repleto de lo que parecían ser libros. Arrugó la cara extrañada y tamborileó los dedos de ambas manos sobre sus rodillas. Entonces las proyecciones se reconfiguraron y la imagen del estante desapareció eclipsada por recuadros y caracteres digitales.

Sin pensarlo mucho, se puso de pie y dejó atrás a sus amigos para acercarse a aquel rincón del bar. Al detenerse justo ante el estante, pudo corroborar que efectivamente eran libros que yacían apilados en todos los niveles.

Eran libros reales. Libros de papel.

Impulsada por la curiosidad y por una repentina sensación sublime que la invadió de pronto, se quitó el visor de inmersión para ver con más claridad aquellos artículos que creía ya extintos en la sociedad moderna. Entusiasmada, tocó con la punta de los dedos el lomo de algunos de ellos. Cada textura del papel y del cartón le produjo extrañas descargas que se propagaron hacia su brazo y luego hacia el resto de su cuerpo. Sin ninguna razón en particular, se detuvo en uno de los libros y lo haló por el borde hasta que pudo sostenerlo entre sus manos. El aroma indescriptible de las páginas amarillentas se esparció a su alrededor. Esforzándose por enmudecer el bullicio que la rodeaba, abrió el libro más o menos a la mitad y leyó para sus adentros:

*El Gato sólo sonrió cuando vio a Alicia. Parecía de buen humor, pensó ella; pero tenía garras muy largas y muchos grandes dientes, de modo que la niña consideró que debía tratarle con respeto.*

*—Gatito de Cheshire —empezó con un poco de temor, porque no estaba del todo segura de que a él le gustara el nombre. Sin embargo, el Gato sonrió algo más ampliamente. «Vamos, hasta ahora le gusta», pensó Alicia, y continuó—: ¿Querría decirme, por favor, qué camino debo tomar para salir de aquí?*

*—Eso depende mucho del lugar adonde quieras ir —dijo el Gato.*

El texto estaba acompañado con una ilustración que mostraba un gato de cabeza enorme, sentado en la rama de un árbol. Los ojos del gato estaban abiertos como platos y su sonrisa iba de oreja a oreja. Dayana acarició el dibujo, maravillada por lo rústico de la imagen. No brillaba, no estaba hecha de píxeles ni flotaba en el espacio tridimensional. Se trataba de un sencillito dibujo trazado a mano tal vez con una pluma o un lápiz. Era algo completamente analógico. Interesada en el texto, Dayana se preguntó qué lugar era ese del que la niña Alicia quería salir.



Cuando se dispuso a leer desde la primera página, Laura la interceptó y le propinó un susto que la hizo saltar sobre sí misma.

—¿Y ahora qué haces acá, Dayana? —reclamó su amiga—. En un momento estabas allí y después desapareciste. Ni siquiera respondías al sistema. ¿Acaso estás loca, cómo es que te desconectas de esa manera? Quise que vinieras para que te distrajeras, y para que tal vez conocieras a algún muchacho así fuera para pasar una noche y ya, pero desapareces de repente y todo el mundo me pregunta qué te sucede, y los muchachos dicen que eres extraña...

—Discúlpame, Laura —interrumpió para detener su retahíla—. No fue mi intención, solo sentí curiosidad por esta..., por estos libros.

Laura la miró extrañada.

—¿Quién necesita libros cuando tienes visores y el mundo entero a tu disposición? —la muchacha tomó el aparato que Dayana había colocado sobre el estante y con mirada acusadora se lo extendió a su amiga.

Dayana tomó el aparato con su mano izquierda y lo sostuvo junto al libro que ocupaba su mano derecha. Miró a uno y otro hipnotizada y, luego de un incómodo instante de silencio, dijo:

—Creo que será mejor que regrese a casa, Laura. En verdad no me siento bien.

Su amiga arrugó la boca y después asintió con la cabeza. Le quitó el visor de la mano y se lo colocó con evidente preocupación. Por último le arregló el cabello tras los oídos.

—Está bien —dijo—. Mantente en línea y avísame cuando llegues. Estaré pendiente.

Una vez más, el espacio alrededor de Dayana se llenó con un centenar de retazos de información que entumecieron sus sentidos. Despacio, cuidando de no golpear a los demás mientras salía, dejó atrás el lugar y caminó de regreso a casa embebida por las luminosas aceras de la ciudad. Sin embargo, poco tiempo le tomó notar que sus manos todavía sostenían y acariciaban las páginas del libro que había encontrado en el estante del bar.

Tras el incidente asociado a la fotografía de Dayana en la Plaza Central, sus valores de conexión e interacción con el sistema sufrieron oscilaciones continuas que hicieron evidente un cambio en la conducta electrónico-social de la muchacha. Su ritmo de ingreso a los servicios de redes experimentó un decrecimiento considerable e inclusive los patrones de búsqueda e intercambio de información entre ella y los demás usuarios se bifurcaron hacia intereses diferentes a los que el perfil de inmersión del Departamento tenía registrado. Finalmente, el evento que había motivado la confirmación de la alerta de anomalía hacía referencia a dos periodos de desconexión de la red de más de tres minutos continuos ocurridos ambos con una diferencia de tiempo menor a una hora.



Elía verificó en el historial del sistema el contexto que precedía a dichos períodos de desconexión y, valiéndose de las herramientas de localización de usuarios de que disponía el Departamento, pudo constatar que la primera irregularidad se produjo estando Dayana en su propio apartamento, en tanto la segunda ocurrió en un bar cercano, ya entrada la noche.

Desde que fuera emitida la notificación de anomalía hasta que el agente Aldren tardamente reparara en ella, la conducta electrónico-social de Dayana Santiago había presentado una variación general negativa de 1,7 %. El agente se llevó una mano al rostro y se enjugó la frente. No pudo dejar de sentir vergüenza por permitir que dicho reporte permaneciera tanto tiempo en el escritorio de su oficina sin ser atendido y monitoreado de la manera correcta.

Visiblemente irritado, empleó todo el espacio de proyección para desplegar los datos relacionados con el incidente de Dayana y accedió a su flujo de inmersión, en donde se mostraban en tiempo real las entradas, cargas, descargas y demás interacciones que ella producía justo en ese momento.

Elía Aldren centelleó los ojos e hizo tronar los dedos cuando observó cómo los parámetros de usuario de la muchacha descendieron vertiginosamente en cuestión de segundos. El agente supo de inmediato lo que aquello significaba: *suicidio digital*, la desconexión voluntaria y progresiva de un usuario a la hiperglobalizada red del Estado Mundial.

Sin titubeos, Elía manipuló los terminales del sistema de monitoreo y solicitó la acción inmediata de un equipo de asalto. Validado por el reporte de anomalía, recibió la confirmación de la operación y, tras hundir la mano en la imagen frente a él, ejecutó la orden de despliegue. Enseguida se conectó al sistema de cámaras y sensores del equipo de asalto y los siguió de cerca, mientras estos se dirigían a la residencia de Dayana Santiago.

El tiempo estimado de llegada al lugar de los hechos era de siete minutos. Con suerte, pondrían fin al incidente antes de que un daño mayor se produjese.

La cantidad de luz y ruido del entorno no cambió demasiado cuando Dayana entró en su apartamento. Las pantallas de la sala y las de la habitación al fondo iluminaban el lugar con su discordante multitud de imágenes y sonidos. El visor sobre su rostro, sintiendo la cercanía del módulo principal de inmersión, se sincronizó automáticamente y comenzó a recibir las actualizaciones y notificaciones que habían sido recabadas durante su ausencia.

Por un brevísimo instante, el movimiento sempiterno del flujo de datos la abrumó tanto que sintió marearse y perder el equilibrio. Dayana se llevó una mano a la cara y se quitó el visor con un solo movimiento, tirándolo al suelo. Se restregó los ojos y después se presionó las sienes, pero aun así todavía podía percibir la cacofonía digital que embestía desde todas direcciones.

Con la mirada clavada en el piso, inclinó un poco la mano que todavía sostenía el



libro y leyó en voz baja el título de la portada. Lo repitió de nuevo, esta vez alzando la voz considerablemente. Apretó el libro con fuerza cuando se encontró a sí misma tratando de identificar su propia voz en medio de la solitaria habitación. Con la respiración acelerada y el corazón latiendo de prisa, dejó el libro sobre el mesón de la sala y le hizo un ademán con las manos, como indicándole que se quedara quieto allí. Después, corrió hacia las pantallas que cubrían una de las paredes del apartamento y buscó detrás de ellas los sistemas de alimentación eléctrica.

Desconcertada, no encontró ningún tipo de cable o conector que pudiera sacar para dejarlas sin energía. Una a una, verificó que lo mismo ocurría con las otras terminales, con el módulo de su recámara, e inclusive con los sistemas de la nevera y la cocina.

Poniendo en orden sus pensamientos, recordó que gran parte de los equipos electrónicos obtenían su energía de manera inalámbrica a través de las redes de distribución instaladas en el interior del propio edificio. Lo mismo ocurría con la información, que llegaba por aire desde los puntos de acceso dispuesto a lo largo y ancho de toda la ciudad.

Frustrada, recurrió a lo primero que pasó por su mente cuando observó el resto de la sala: tomó una de las sillas que acompañaban la mesa del comedor y la lanzó contra las pantallas haciendo que las superficies bioluminiscentes estallaran en pedazos. Luego cargó contra todos los equipos de la cocina que tenían algún tipo de conexión con la red, y finalizó con los sensores y demás dispositivos de domótica que sabía estaban escondidos en puntos estratégicos del apartamento.

Cuando hubo terminado con la sala y la cocina, corrió a su habitación. Allí, la pantalla principal de su módulo de inmersión fulguraba con mensajes y notificaciones de alerta sobre el estado de los equipos y de la conexión de su red personal, mientras un pitido desagradable brotaba de los altavoces colocados a lo alto de la recámara.

Excitada, saltó sobre la cama y se colgó de los altavoces hasta que se desprendieron de las paredes y dejaron de chillar. Con las carcacas como proyectiles, acabó con las pantallas del módulo y reventó contra el suelo todos los accesorios y terminales que yacían junto a este.

Presa de una euforia jamás experimentada, Dayana liberó su energía contra todo artefacto que emitiera algún sonido o que proyectara cualquier tipo de imagen o texto en su entorno. Cuando creyó haber terminado, cerró los ojos, respiró hondo y escuchó, por primera vez en su vida, el sonido del viento frío que soplaba desde la ventana a su espalda.

Sin embargo, todavía pudo sentir un leve zumbido digital que parecía provenir del fondo de la sala. Con la cabeza ladeada y caminando con sigilo, encontró el origen del sonido en la alfombra junto a la mesa: se trataba del visor que aún permanecía en el suelo, encendido. Lo miró fijamente durante un minuto o dos, y luego esbozó una sonrisa, justo antes de dejarle caer el pie encima.



Dayana se estremeció y los vellos de su piel se erizaron cuando escuchó el silencio que la embargó. Toda esa calma, tan ajena y extraña, la intoxicó.

Despacio, se agachó junto al libro que permanecía sobre el mesón de la sala y leyó una vez más el título de la portada: *Alicia en el País de las Maravillas*. Las palabras retumbaron en su mente a pesar de no haberlas leído en voz alta.

Sonrió, mientras un par de lágrimas corrieron desde sus ojos.

Un tronido sacudió el interior del apartamento cuando el equipo de asalto irrumpió tras derribar la puerta y cuatro agentes se desplegaron alrededor de la figura de Dayana Santiago, apuntando sus armas supresoras hacia ella, así como las cámaras y los sensores que le permitían al agente Aldren observarlo todo desde la sede del Departamento de Cibercrimen.

Dayana miró a los lados, sorprendida y asustada, protegiendo el libro con un abrazo, mientras intentaba entender qué estaba ocurriendo.

Con un movimiento gélido y casi automático, uno de los agentes regresó el arma a la funda en su cintura y dio un par de pasos hacia atrás para despejar el área justo al frente de Dayana. Entonces, sacó de su traje un proyector diminuto y lo apuntó hacia ella. La holografía del agente Elía Aldren se materializó en medio de la habitación, mostrando un rostro sereno e inexpresivo. La miró en silencio durante unos segundos, desde el otro lado de la conexión, reflexionando sobre los motivos que podían haber llevado a aquella muchacha a cometer tal error. Resultaba claro para él que la única manera de salvar el desastre en su cabeza era sometiéndola al Programa de Reeducción y Reconexión que demandaba la ley.

Finalmente, declaró:

—Señorita Dayana Santiago, queda usted arrestada por intento de suicidio digital. La desconexión voluntaria, total o parcial al sistema de redes está prohibida y penada por las leyes del Estado Mundial. A partir de este momento, usted será custodiada por agentes del Departamento de Cibercrimen, para luego ser sometida a su debido proceso...

Los agentes actuaron, tomando a Dayana por los brazos y llevándosela sin esta ofrecer resistencia. Ella tan solo se aferró al libro y cerró los ojos para escuchar, hasta cuando pudo, el sonido del viento.

El agente que había generado el holograma pulsó el interruptor y la imagen de Aldren desapareció tras un centelleo. Luego, echó un ojo a todos los equipos electrónicos que habían sido destruidos y finalmente detuvo su mirada en el suelo para contemplar los restos del inservible visor. Elía, que desde su oficina contemplaba todo lo que el agente de asalto veía, negó con la cabeza y masculló para sus adentros. Consciente del cementerio de circuitos y datos en el que se había convertido aquel lugar, se castigó a sí mismo por no haber notado la anomalía a tiempo.

Con toda certeza, podría haber evitado semejante tragedia.